

LAS COMENDADORAS DE CALATRAVA.



Uno de los episodios más desconocidos de la Historia de la Villa de Atienza es todo aquello que hace referencia a las fundaciones llevadas a cabo por los hijos de Atienza en el esplendor de unos siglos que dieron forma y ser, a lo que hoy no es más que una ruina gloriosa del tiempo pasado.

Son muchas, y a cual más interesante, pero hoy quiero hablar

de una, quizá de las primeras y quizá también de las más significativas: Las Comendadoras de Calatrava.

La Alta Edad Media, con sus misterios y fantásticas aventuras, si por ello entendemos la conquista y repoblación de nuevas tierras, dejó para la posteridad el recuerdo imperecedero de un buen número de nombres, convertidos en hidalgos, y pertenecientes a la burguesía rural, que han de grabar su memoria para recuerdo de generaciones futuras.

Uno de estos fue don Ruy Fernández de Atienza, caballero de la Orden de Calatrava, quien al final de sus días reunió todos sus bienes para, en unión de su esposa, doña Toda, ponerlos en manos del entonces obispo de Sigüenza, don Rodrigo, a fin de que, con el beneplácito del rey de Castilla, don Fernando III, y con autorización del Maestre de la Orden, don Martín



Fernández de Quintana, se fundase en tierras de su propiedad un monasterio de monjas bernardas, acogidas a la orden del Cister y amparadas por la Orden Militar de Calatrava.

Don Ruy de Atienza, junto a sus hermanos y parientes, que quisieron tomar parte en la fundación, donaron para tal fin una casa que poseían en Pinilla, tierra de Atienza, en el paraje entonces denominado Sotuel el Hachán, con dos yugadas de tierras de labor, huertas y ocho aranzadas de viñas.

En esta finca, a orillas del río Cañamares, a medio camino entre Atienza y Jadraque, se levantó el monasterio de San Salvador de Pinilla, de monjas